

Bibliografía

Recensiones

CARVAJAL BLANCO, J. C. (coord.), *La misión evangelizadora de la Iglesia* (PPC, Madrid 2016). 271 pp. ISBN: 978-84-28829-42-7.

Una de las actividades de la Cátedra de Misionología erigida por la Facultad de Teología de la Universidad Eclesiástica San Dámaso en colaboración con la Dirección Nacional de las Obras Misionales Pontificias, consiste en publicar periódicamente obras con el fin de profundizar en la teología de la misión. Por otro lado, la Comisión Episcopal de Misiones y Cooperación entre las Iglesias propuso a los obispos españoles la posibilidad de conmemorar el cincuenta aniversario de la promulgación del decreto conciliar *Ad gentes*. El presente volumen responde ampliamente a todas estas expectativas y, con la firma de prestigiosos teólogos procedentes de distintas Facultades de Teología de España, aborda cuestiones relacionadas con el Decreto conciliar que siguen siendo de una extraordinaria actualidad.

El primer capítulo de esta obra es del profesor Eloy Bueno de la Fuente, se titula: “La misión evangelizadora de la Iglesia: finalidad y naturaleza”. El autor se adentra en la historia de la redacción de *Ad gentes*, analizando las diferentes concepciones con respecto a la misión que confluyeron en el aula conciliar. A la luz de todas ellas, el autor señala las principales novedades del Decreto, tales como la naturaleza misionera de la Iglesia peregrinante (cf. AG 2), su radicación en el plan de Dios, llevado a cabo por Cristo y en el Espíritu (cf. AG 9), el hecho de que la misión sea única e idéntica aunque no se ejerza del mismo modo, según las circunstancias (cf. AG 6), el dinamismo de la misión, en el que confluyen el compromiso, el anuncio y la implantación de la Iglesia, evitando antiguas contraposiciones o alternativas (cf. p. 21). Desde estos planteamientos de *Ad gentes*, el autor analiza el magisterio postconciliar sobre la misión, en particular, la exhortación apostólica de Pablo VI *Evangelii nuntiandi*, la encíclica de Juan Pablo II *Redemptoris missio* y, en especial, la figura del papa Francisco. En el

magisterio y en la persona del Pontífice, el autor descubre una apuesta por un modelo de misión basado en la conversión pastoral y misionera de la Iglesia protagonizada por discípulo misioneros; un modelo que puede ser calificado como misión “inter gentes”, como ortopatía (sentimiento recto) y de carácter global (cf. pp. 35-41).

El segundo capítulo, de Manuel Ruiz Campos, se titula “La Iglesia evangelizada evangeliza. La Iglesia que evangeliza es evangelizada”. El autor, consciente de que la misión es inseparable de la realidad eclesial, se adentra en los principales documentos magisteriales de temática misionera como son: *Ad gentes*, *Evangelii nuntiandi*, *Redemptoris missio* y *Evangelii gaudium* para ver qué imagen de la Iglesia ofrecen. Manuel Ruiz destaca que la Iglesia es concebida desde su íntima vinculación a la Trinidad y, en particular, a las misiones de Cristo y del Espíritu a favor de todos los hombres; desde esta perspectiva se comprende que sea designada como *Ecclesia de Trinitate*, Sacramento de salvación o Cuerpo místico, entre otras. En el marco de estas eclesiológicas, el autor plantea “una circularidad en virtud de la cual la Iglesia evangelizadora evangeliza y, a su vez, la Iglesia que evangeliza es evangelizada” (p. 63). En efecto, si es cierto que la Iglesia solo puede evangelizar en la medida en que permanece vinculada a Cristo —el evangelizador por excelencia—, se comprende que la acogida creyente del Evangelio de Cristo por parte de la Iglesia sea la condición de posibilidad de su acción evangelizadora. Al mismo tiempo, se puede afirmar que la Iglesia es evangelizada en la medida en que ella evangeliza; en primer lugar porque el evangelio que predica se convierte en una llamada a ser ella misma, y en segundo lugar porque en el proceso de encuentro y encarnación del evangelio en la cultura de los pueblos, a la Iglesia se le ofrece la posibilidad de crecer en la comprensión del mismo.

“El testimonio, corazón de la misión” es el capítulo de Juan Carlos Carvajal, el cual, a través del estudio de *Ad gentes*, *Evangelii nuntiandi*, *Redemptoris missio* y *Evangelii gaudium* concluye que el testimonio aparece como una actitud clave para la acción evangelizadora de la Iglesia, sobre todo en una sociedad secularizada. En efecto, en estos documentos el testimonio es reconocido como la forma de la misión (AG), primer medio de evangelización (EN), expresión de la identidad cristiana (RM) y fermento en medio del pueblo (EG). Después de todo este análisis —donde se analiza la categoría de testimonio a partir de su vinculación con Cristo, el testigo veraz de la fe, y en el Espíritu Santo—, el autor presenta esta categoría como respecto a la santidad de los cristianos. De este modo, teniendo presente el texto de *Gaudium et spes* 21 —donde se hace hincapié en el testimonio de los cristianos como remedio eficaz al ateísmo que envuelve la cultura—, así como el hecho de que en el postconcilio la categoría de testimonio ha podido llegar a suplantar en algún momento a la expresión corriente de “santidad”, el autor reflexiona sobre el modo como Dios, el único Santo, se hace presente a los hombres con el fin de santificarlos y de que éstos, acogiendo este don de la gracia (santidad ontológica), respondan libremente y reflejen esta nueva vida recibida (santidad moral). Con todo, señala Juan Carlos Carvajal, el testimonio de vida adquiere valor cuando es novedoso y significativo y, al mismo tiempo, cuando remite al “testigo fiel” por excelencia y “al Santo de Dios” que es Cristo. Esta dinámica

del testimonio alcanza su plenitud en el martirio y ayuda a entender que “el testimonio cristiano es una actualización del testimonio de Cristo, y este se consuma en la entrega de la propia vida” (p. 119).

La presencia y el testimonio de la vida del cristiano pueden entenderse como el requisito previo del diálogo y del anuncio cristiano. Por ello, después del capítulo de Juan Carlos Carvajal, Xavier Morlans Molina analiza la interconexión entre el diálogo y el anuncio dentro de la acción evangelizadora de la Iglesia. El capítulo se divide en dos partes: en la primera se lleva a cabo un repaso a los principales documentos magisteriales del postconcilio que de alguna manera han abordado esta temática. En este sentido, el autor descubre que tanto el diálogo como el anuncio, sin que puedan ser consideradas de manera simétrica, son necesarias y se requieren mutuamente de cara a la evangelización. La segunda parte está dedicada a la reflexión teológico-pastoral sobre la interconexión entre diálogo y anuncio. En un primer momento, teniendo presente cómo en el acto de fe, según *Dei Verbum*, convergen los llamados *motivos de credibilidad* y el *motivo* (o atracción) *de la fe*, el autor distingue el rol de los teólogos —los cuales deben aportar motivos de credibilidad—, del rol de los pastoralistas, los cuales “deben traducir estas aportaciones de los teólogos a un nivel más popular con guiones y fórmulas dialogales que ayuden a los pastores y a todos los cristianos a realizar el primer anuncio en clave dialogal” (p. 148). En un segundo momento, el autor plantea los nuevos retos de la relación entre diálogo y mensaje, los cuales tienen que ver con la *apoteosis del inmanentismo* que se observa, sobre todo, en el ámbito del Occidente postcristiano. Por consiguiente, el evangelizador está llamado a descubrir qué realidades humanas pueden propiciar la apertura del ser humano a la trascendencia. Para Morlans estas realidades tienen que ver con: la fenomenología de la generación humana, la presencia de los afectos, la credibilidad de la fe y la sinfonía de los vínculos (cf. pp. 150-152). El diálogo evangelizador tendrá que tener en cuenta estos *cuatro temas mayores* para que el destinatario concreto pueda dar el salto a la trascendencia y se le pueda hacer el primer anuncio de la fe.

A los 50 años de la publicación de *Ad gentes*, José Ramón Villar Saldaña se pregunta si es legítimo contraponer la nueva evangelización a la misión *ad gentes*. Según el Vaticano II, la misión de la Iglesia peregrinante pertenece a su naturaleza, por eso se abandona el concepto de “misiones” en favor del concepto de misión, cuyo sujeto es la Iglesia entera. Esta misión, que procede del designio de Dios, llevado a cabo por Cristo, ungido por el Espíritu, y que se prolonga en aquellos que formamos su Cuerpo, no se realiza del mismo modo según las circunstancias. Por ello el Vaticano II ha distinguido tres actividades misioneras: *ad gentes*, pastoral y ecuménica. A estas actividades, la Iglesia ha unido posteriormente la “nueva evangelización” como consecuencia del alejamiento de Dios de no pocos cristianos en zonas de antigua cristianización. El autor es consciente de que, si bien la nueva evangelización puede ser considerada como una misión *ad gentes postcristianas*, lo cierto es que esta nueva situación requiere de una nueva *praeparatio Evangelii* que rescate la racionalidad del conocimiento sapiencial frente a un racionalismo netamente empírico (cf. pp. 171

y 175). Para José Ramón Villar la “nueva evangelización” apunta, no a una actividad determinada, sino a una nueva manera de configurar la misión de la Iglesia en todas sus actividades, situando a todos los cristianos en un permanente y cualificado “estado de misión” (cf. p. 176). En consecuencia, misión *ad gentes* y nueva evangelización no solo no se oponen sino que ambas son la expresión de una misma misión llevada a cabo por toda la Iglesia y, en especial, en un contexto de globalización, donde quedan superadas las fronteras territoriales y donde “el envío de *algunos* será memoria permanente de que *toda* la Iglesia, *todas* las Iglesias y *todos* en la Iglesia, pastores y fieles, se hallan en ‘estado de misión’” (p. 177).

Otra dimensión muy importante de la acción misionera de la Iglesia tiene que ver con la espiritualidad de los misioneros. En este sentido, Eduardo Toraño señala que en el magisterio pontificio desde *Ad gentes* no solo ha estado muy presente la espiritualidad misionera sino que, además, se ha dado una cierta continuidad. “Como líneas básicas de esta espiritualidad se parte del carisma de la vocación a la misión en el designio de salvación trinitario, llevado a cabo por las misiones del Hijo y del Espíritu Santo y continuado por la Iglesia. Así, la espiritualidad misionera tiene una dimensión trinitaria, pneumatológica y cristológica y se hace realidad en el hombre a través de la contemplación y el ejercicio de la caridad pastoral, siendo María el tipo de la Iglesia misionera” (p. 202). De un modo particular, el autor pone de manifiesto la importancia que tiene en el magisterio posconciliar la acción del Espíritu Santo, que es reconocida en el origen de la misión (vocación del misionero), en el centro (conduciéndole y otorgándole sus dones) y en el final (como efecto de la acción del Espíritu hay vida, alegría, fervor, generosidad y caridad/amor). También pone de manifiesto este autor la importancia que el magisterio otorga a la dimensión antropológica de la espiritualidad misionera; una dimensión que se expresa en la categoría “testimonio”, en la convicción de que la misión pertenece al mismo ser del misionero y que le afecta a toda su vida, y en la vivencia de aquellas actitudes concretas que le ayudan a salir de sí mismo para entregarse a los demás (mente abierta, corazón generoso, espíritu de concordia, amor mutuo...).

Una perspectiva interesante para comprender la actividad evangelizadora de la Iglesia tiene que ver con el deber de la Iglesia ante el “derecho” de todos los hombres a recibir la Palabra que Dios les dirige. Esta es la perspectiva adoptada por Miguel Ángel Medina, el cual, a partir del estudio de los documentos magisteriales sobre la misión, señala que el fundamento de este “derecho” de los hombres a conocer que han sido llamados a la salvación está en el envío del Hijo por el Padre y el envío del Espíritu Santo de parte del Padre y del Hijo como expresión de su autodonación en su condición de Padre de todos los hombres. En este sentido, afirma el autor, la actividad misionera es “obra de la caridad, en la caridad y para la caridad. Toda la teología de la evangelización se puede resumir bajo el título *caritas Dei*” (p. 212). Este amor es el que mueve al evangelizador a hacer partícipe a los demás de esta experiencia. Todos los hombres tienen derecho a recibir el mensaje de la salvación, veraz e íntegro, comprensible y convincente. En este sentido, el derecho a recibir un mensaje convincente

obliga al evangelizador a conjugar la elocuencia con la vivencia de la fe, a ser heraldo fiel de la voluntad de Dios y a convertirse él mismo en expresión de la caridad de Dios. En síntesis, ofreciendo el Evangelio de Jesucristo, la Iglesia colabora en el plan divino, pero también sirve al ser humano y responde a sus derechos cuando realiza una evangelización convincente y comprensible.

El último capítulo, de Vito del Petre, tiene que ver con la cooperación entre las Iglesias. La eclesiología del Vaticano II centrada en la Iglesia-comunión ha replanteado seriamente cuál ha de ser su misión en el mundo. Por otra parte, el redescubrimiento de la Iglesia local ha ayudado a configurar la misión de la Iglesia en términos de comunión y de cooperación de Iglesias locales. Todas, en cuanto Iglesias, son responsables de realizar el mandato de Cristo de ir y anunciar el Evangelio de paz y de reconciliación a todo el mundo, hasta las extremas fronteras geográficas y antropológicas de la humanidad (cf. p. 258). A partir de un interesante análisis y exégesis de la primera colecta universal que san Pablo organiza en la historia de la Iglesia, el autor descubre que dicha colecta tiene un valor cristológico, eclesiológico y evangelizador. En el marco de este signo de comunión entre Iglesias, concluye el autor, la misión evangelizadora ya no se puede pensar ni realizar más como el envío de una Iglesia a otra, sino esencialmente en clave de reciprocidad, como cooperación entre las Iglesias en favor del único proyecto salvífico de Dios.

Como podemos vislumbrar, se trata de una obra muy completa, donde se abordan cuestiones que revelan, tal y como señala en la introducción Anastasio Gil García –director de la Cátedra de Misionología y de las Obras Misionales Pontificias–, “que aquello que los Padres conciliares aprobaron no ha perdido actualidad y sigue siendo pauta sobre la que la Iglesia, en la actualidad, está escribiendo verdaderas páginas para que los hombres, todos los hombres, tengan vida, y la tengan en abundancia”.

Gregorio Aboín Martín

FERNANDO VÍLCHEZ, L., *Inteligencia moral. Perspectivas* (PPC, Madrid 2016). 216 pp. ISBN: 978-84-28830-71-3.

Desde un talente humanista, ciertamente algo ecléctico, Luis Fernando Vílchez hace una apuesta por el desarrollo y el cuidado de la inteligencia moral en la educación. Un aspecto novedoso en la amplia gama de publicaciones referidas a la innovación educativa, que no ha sido contemplado con anterioridad en el ámbito académico, pero que supone un verdadero reto para cualquier educador.